

¡Minusquamnihilismo!

No está mal que en el seno de la masa obrera que se preocupa de su porvenir económico-político — vamos a decir: en el seno de la comunión socialista — surjan diferencias doctrinales, ya respecto a los principios, ya respecto al método de hacerlos triunfar en la práctica. Es lo propio de toda doctrina viva.

Sin diferencias y aun discordancias interiores, sin el juego dialéctico de las contradicciones íntimas inherentes a toda doctrina viva, no es posible llegar a plena y fecunda conciencia de ésta. La conciencia — individual o colectiva — es unidad, sí, pero es unidad de diferencias y aun discordancias, es equilibrio de fuerzas antagónicas. Y el socialismo no se libra de esta ley. El socialismo lleva contradicciones en su seno, como lo vió Proudhon, socialista mucho más profundo, dígame lo que se quiera, que Marx.

Ni han sido tampoco sus disensiones íntimas lo que ha acabado con el viejo republicanismo español antes, mucho antes de haber realizado su contenido ideal. Contenido que tendrá que realizar el socialismo liberal. Son otras causas las que han hecho que el republicanismo español se vaya disolviendo ante el socialismo. E infundir espíritu liberal a éste es hoy la labor de aquel antes de que perezca del todo y para no percer.

No estaba mal que hubiese habido republicanos federales unitarios, revolucionarios y evolucionistas, socialistas y capitalistas, etc., y aun que surgiera una llamada Unión para desunir aun más, y un partido único que era otro entre los muchos únicos. No es el fermentar de principios lo que acaba con una comunión política; con tal que sean principios los que fermentan y con tal que haya comunión doctrinal sobre los partidos. Lo que acabó con aquello — si es que acabó y no resucita, que todo pudiera ser — fué otra cosa.

Y hoy al ver las disensiones que surgen en el seno del socialismo — ¿es socialismo todo él? — nos tememos que no sean de doctrina ni sirvan para dar vida, mediante el juego dialéctico de las contradicciones, a ella, a la doctrina. Y ello porque observamos con no pocos sedicentes socialistas, sobre todo entre los de la Juventud, la manía de superar a los anteriores, la manía del ultraísmo. ¿Tú radical? ¿Sí? ¡Pues yo más radical!

¿Y qué es ser más radical? Es lo que en cierta ocasión nos preguntaba uno de esos de las llamadas juventudes para decidirse entre dos actitudes: «Cuál es la más radical?» Y como le contestamos que no entendíamos eso si las soluciones se presentaban en línea recta, sospeché que queríamos engañarle.

En literatura hubo modernismo, después futurismo, después, traduciéndolo de la pintura — o lo que sea, — cubismo, luego dadaísmo y ahora ultraísmo. Mañana habrá plusultraísmo y pasa lo ma-

ñana archiplusultraísmo. Y todo no son más que palabras. Y en filosofía lo mismo. Hasta que se acabe en el más profundo nihilismo que es el de aquel enano botero de Segovia al que pintó Ignacio Zuloaga y de quien éste decía: «Qué filósofo! ¡No dice nada!...» Doctrina la de este enano segoviano que no decía nada mucho más profunda, mucho más radicalmente nihilista que la de aquel personaje de que nos habla Jorge Barrow y que enseñaba que no hay nada. Y es adonde se va a dar con la manía de superar, de ser más radical, más avanzado, más extremo, y es a no decir nada. Pareciendo a los papanatas que se dice algo, que es lo peor. ¿Y cómo le llamaremos a ésto? Forjando una palabreja que acabe en —ismo y tomada de la expresión latina «minus quam nihil», menos que nada, le llamaremos el minusquamnihilismo. ¡A distarse, pues, en él, en el minusquamnihilismo, vosotros los de las Juventudes! Y no digo jóvenes. Y no lo digo, porque a jóvenes no le ganan al que escribe esto y que está entre los cincuenta y los sesenta.

Ahora han sacado la palabra, no el concepto, de comunismo, y el otro día oímos a uno que se ha apuntado para comunista lanzar un «Abajo la democracia!» E ignoraba el pobre que esos que han dado en llamarse comunistas para distinguirse, y aun oponerse, a los demás socialistas, son más democráticos que éstos. Lo que son es menos liberales, o más bien nada. Porque la democracia implica el régimen de mayoría, y llevada al extremo el de dictadura de una clase, la que en un momento dado resulta más fuerte — y no siempre por el número, — mientras que el liberalismo implica el respeto a los derechos individuales. Y a nadie le extrañe que digamos que en el principio democrático está el germen de la dictadura de clase, y aunque ésta sea la menos numerosa, sí es la más fuerte. No es el número lo que hace la mayoría.

Pero de esto de lo que sea la democracia y su diferencia de la demagogia hay que hablar más despacio, tomándolo acaso desde la definición que de ella dió Pericles en su célebre discurso, y añadiendo algo de aquella enfermedad — «morbus» — de que a su vez dijo Tito Livio que había invadido a las ciudades de Italia cuando Aníbal estaba en Capua.

Pero basta por hoy.

Miguel de UNAMUNO.

